



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13398

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extraño: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIÉRCOLES 11 DE JULIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La niñez y el trabajo

Ni en los pasados ni en los presentes tiempos hubo ni habrá en la sociedad nada más digno de compasión y lástima que el empleo de los niños en el trabajo industrial como instrumentos, como máquinas que facilitan y abaratan la producción.

Parece que no son comparables entre sí los antiguos siglos paganos con la presente edad en este punto concreto puesto que en aquéllos el niño era un estorbo y la exposición y venta de los recién nacidos un derecho (y) de la patria potestad; y en nuestros días el niño es una «utilidad», una «fuerza» del trabajo; pero bien mirado en aquel abandono y en este aprovechamiento de la niñez hay fondo idéntico de desconsideración hacia la débil y tierna infancia por un mismo idéntico sentimiento egoísta nada simpático.

Verdades que en todos ó casi todos los modernos Estados se han promulgado ya leyes protectoras que prohíben el trabajo a los niños: mas por lo que en todas partes se escribe en revistas y periódicos ó se dice en los parlamentos, y en las asambleas populares poca eficacia tienen estas leyes.

En Suiza seguramente el país en que con más rigor se estableció la prohibición legal de emplear á los niños en trabajos manuales ó mecánicos hasta no cumplir los catorce años de edad, y sin embargo en la confederación Helvética, á pesar de la ley, á pesar de los mejores deseos de los gobernantes, es hoy muy considerable el número de niños trabajadores.

Véase á propósito de esto lo que dice una importante revista:

«De una investigación hecha por la Sociedad Suiza de Utilidad Pública, sobre el número de niños que acuden á la escuela y á la vez trabajan en las industrias, resulta que en Berna los menores de catorce años son 58.506; en Lucerna, 7.222; en Glaris, 989; en

Appenzell, 1.576; en Frigurgo, 1.416; en Solure, 8.077; en Bâle Ville, 1930; en Bre Campagne, 8.031; en Argovie, 25.683; en Thurgovie, 10.792; en Vaud, 7.543; y en Neuchâtel, 4.594.

En total, 149.080 niños trabajadores, (ó sea un 53 por 100 de los 279 mil 551 que asisten á las escuelas), se ocupan en Suiza, en trabajos agrícolas, (117.126); en fabricas de objetos de paja, (5.487); en bordados, (3.222); en pasamanería, (2.422); relojería é instrumentos musicales, (893); industria del tabaco, (513); recaderos, (6.153); niñeras, (2.830); dependientes de cervecerías, (2.134); de fondas, (700); en pequeños oficios, (1.082); sin indicación especial, (5.221)

Según el ilustre Hitzze cosa semejante ocurría en Alemania é Inglaterra.

En las fábricas de esta nación trabajaban en 1875 unos 400 ó 500 mil niños menores de catorce años; en sólo las de tejidos, 124.865 niños; en la de tabacos; 3.000; en las de curtidos, 15 mil; en las de cristales, 4.000, etc. En las fabricas alemanas, por el año de 1880, de 566.000 obreros el 60 por 100 eran niños menores de dieciséis años y de 226.000 obreras el 40 por 100 niñas, también menores de dieciséis años.

De España no decimos nada, porque carecemos de datos, no tenemos estadísticas; mas cuántas veces no se ha quejado la Prensa de la escasa concurrencia de niños á las escuelas motivada porque los padres apenas pueden utilizar á sus hijos, los aplican al trabajo, sobre todos los de campo, las labores y la pastoria?

En vano se dictarán leyes protectoras de la infancia, y todos los mejores deseos de los gobernantes serán en vano también para hacerlas cumplir mientras los amos busquen ó permitan á los niños el trabajo; y los padres de familia procuren colocar á sus hijos niños.

Los amos prefieren para ciertos trabajos á los niños, porque ganan me-

nos jornal y creen que hacen lo mismo que haría el trabajador adulto: grande error, ó eso, pues la experiencia ha demostrado que el trabajo del hombre, aun pagando más, es el que más rinde.

Los padres desean colocar cuanto antes á sus hijos, porque creen que así mejoran su situación doméstica ó familiar: error también, porque con sus hijos contribuyen esos engañados padres á aumentar la oferta del trabajo, que siempre hace descender el tipo del salario, con lo cual no pocas veces sucede de que logran colocar al niño y quedarse ellos sin trabajo y sin mayor jornal; y también que el niño enferme ó perezca. ¡Y es que las leyes morales no pueden nunca estar en contradicción con las leyes de la Naturaleza ni con la verdadera ciencia!

Antología de poetas modernos

La manzanilla

Por S. y J. Alvarez Quintero.

En el coro de alegres muchachos que bebían charlando y riendo, la caña en la mano y en ella los ojos, el más joven irguióse resuelto. Levantó la cabeza encendida, sacudió de su frente el cabello, mandó sin palabras que todos callasen, y así dijo cuando hubo silencio: —Noble vino espumoso y dorado que con rayos del sol estás hecho: tú mitigas mis penas sombrías, contigo mi sangre es de fuego, contigo se alejan mis dolores, contigo renacen mis sueños, y tengo contigo más luz en la mente, más vida en el alma, más fuerza en el cuerpo.

Contigo mi fe no vacila, contigo se ensancha mi pecho, contigo me olvido de tristes historias que fueron, y las horas presentes me encantan y á las horas futuras no temo. ¡Contigo la vida algo vale! ¡Ven á mí, noble vino! ¡Te quiero! ¡Qué alegre está el mundo! ¡Qué azul y qué limpio está el cielo! ¡Qué lleno de aromas el aire! ¡Qué cargados de flores los huertos!...

¡Aguarda en tu reja querida, mujer que no he visto y que veo, que yo iré, cuando salga la luna, á decirte otra vez que te quiero! ¡Aguarda en tu reja y oírás de mis labios del alma escondidos secretos, misteriosos placeres y dichas que tus ojos me causan por dentro!... ¡Venid, ilusiones de plata! ¡Venid, é invadidme el cerebro! ¿Quién habló de sombras? ¿Quién habló de nubes de girones negros? ¿Quién habló de engañosos amores de mujeres que lloran mintiendo? ¿Quién habló de amistades ingratas de pérfidos Judas que brindan sus besos? ¿Quién habló de pobres? ¿Quién habló de tristes?

¿Quién habló de enfermos?... ¡Que vengan á mí los que lloran! ¡Que vengan á mí, que yo tengo la bendita limosna del pobre, la salud del que sufre en el lecho; cariño que á todos alcanza, unos brazos que esperan abiertos, y en el alma alegría infinita y en los labios ternura y consuelo! Noble vino espumoso y brillante que con rayos del sol estás hecho: tú sembras la dicha á mi paso; tú limpias de nubes mi cielo; tú llenas mi alma de voces alegres, de trinos risueños; tú barres las sombras de mi loco y feliz pensamiento... ¡Ven á mí, manzanilla de mi vida! ¡Ven á mí, que sin tí no la quiero!... S. y J. Alvarez Quintero.

Los que se van Antonio Grilo

El ilustre poeta don Antonio Fernández Grilo, que ayer recibió en Madrid cristiana sepultura, había nacido en Córdoba, el año 1845. Contaba, pues, sesenta y un año de edad. En temprana edad, según escribe uno de sus biógrafos, abandonó la gramática teórica por la poética práctica y sumó consonantes mucho mejor que los sumandos de la adición aritmética. Trasládose joven á Madrid. Su inspiración le abrió las puertas de la redacción de «El Contemporáneo», compartiendo en las tareas periodísticas

con Bécquer, Albareda, Rodríguez Correa y Valera.

Rodríguez Correa le introdujo en los salones y liceos madrileños, entusiasmando con sus odas «El mar» y «El águila» y entonces Grilo, abandonando el periodismo, dedicóse de lleno á la poesía, consiguiendo resonantes triunfos en el gran mundo.

Ha sido Grilo el poeta cortesano por excelencia.

La Reina Isabel II distinguióle con su amistad; Alfonso XII recitaba de memoria no pocas poesías del cantor de «Las ermitas»; la Reina María Cristina profesábale también sincero afecto; y, como los Reyes, todos los aristócratas acogíanle cariñosamente, elogiando su conversación chispeante y amena, y admirando su manera de recitar versos, comparhle á la de Zorrilla.

A pesar de todas sus amistades, Grilo no ha desempeñado ningún cargo oficial; ni siquiera ha sido diputado. Dedicado en absoluto á sus versos, ha publicado varios tomos de «Poesías»; en los juegos florales del Ateneo de Cádiz obtuvo hace algunos años la flor natural, visitando con este motivo la capital andaluza, en donde fué objeto de muchas atenciones.

Discutidísimo en el mundo literario, la Academia Española le ha tenido cerradas durante muchos años sus puertas; al fin, recientemente, fué elegido académico, no habiéndose posesionado aún de su sillón.

En América tenía muchos admiradores.

Acerca de su personalidad literaria, escribe el señor Alcalá Galiano:

«Es poeta, poeta hasta la medula de los huesos, de los pies á la cabeza y por todos sus cuatro costados».

Y el P. Blanco dice:

«Ingenio cordobés en toda la extensión de la frase, poeta por temperamento, por educación, por hábito ó segunda naturaleza, que remonta el vuelo de su numen á alturas inaccesibles y se somete con docilidad á todos sus caprichos. Es Grilo de esos hombres en quienes las cualidades del sexo fuerte están contrastadas por las del femenino, y la imaginación supera, si ya del todo no eclipsa, las demás facultades del alma. Sus versos deslumbran como un sueño de color

polvosa actitud, y luego, andando de prisa sobre la yerba segada, se acercan al estanque. Tréskov, comprendido de la vivacidad de movimientos de su amo, se detiene, y sin dejar de marcar algunas yerbas de la orilla, le interroga con los ojos. Lida de repente con alegría y se arrojan con él al agua. En el primer momento se ve más que espuma y gota de agua que los ra pican; pero pronto Fedor avanzando las manos con gracia y levantando y bajando su espalda a compás, nada le en la o, uesta orilla rápidamente, á grandes brazadas, nie tras qu Tréskov, que ha bebido un trago, se vuelve a escape, se sacude junto á la g u e y se revuelca en la yerba. Al acercarse Fedor á la otra orilla, aparecen dos cocheros junto al sitio, con una g a s a tendido el extremo de un pa o. El viajador Ivan, no sé por qué, las manos en alto, se sumerge una, dos y tres veces, arrojando agua por la boca después de cada chapuzón, y sacudiendo con elegancia sus cabellos, sin responder á las preguntas que por todas partes le hacen. Por fin hace pie en la orilla, y según puedo ver, da órdenes para que extiendan la red que habían tirado. La rca del agua; pero no se encuentra en ella más que fango y algunos pecillos que colean.

tar de pie á la orilla, ó toman el partido de marchar se. La vieja Matrona pregunta á su hija si ha cerrado bien la estufa; el chico, envuelto en el chaquetón de su padre, se dedica conienzadamente á tirar piedras al agua. En este momento acude desde la casa de Tréskov, el perro de Fedor, ladrando tras él y volviéndose asustado. Su amo baja también la colina, se le oye gritar y pronto se presenta detrás del seto de rosales. —¿Qué hacéis ahí?—grita quitándose la chaqueta, sacudiendo de correr.—¡Se está ahogando un loro y se quedan ahí plañidos! ¡Dadme una cuerda! Todos miran con expresión de esperanza y de espanto á Fedor, mientras que apoyado en el hombro de su siervo, descalza con la punta de un pie el talón del otro. —Allí es, Fedor; allí, donde está reunida la multitud; allí, un poco á la derecha del chico. ¡Mira, a h! —le decía uno. —Ya lo sé—responde él, con un fruncimiento de cejas, cuando sin duda por los aspavientos del pulor ofendido de las mujeres. Quita e la camisa y la cruccita del pecho, que entrega al mozo del jardinero, que está de pie ante él con respo-

Muy cerca del vallado oigo pasos apresurados y gritos de mujeres asustadas. —¡Ah, padrecitos míos! Pero, ¿qué es? ¡Y ni un hombre! —¿Qué ocurre? ¿qué ocurre?—pregunto yo, saliendo de mi rincón, á la alerva que pasa corriendo y eslozando junto a mí. Por toda respuesta se vuelve, agita los brazos y continúa su carrera. Sosteniendo con la mano el pañuelo que se le caía de la cabeza, saltando y arrojando un pie calzado con media de algodón, la vieja Matrona, una mujer de ciento cinco años, marcha también hacia el estanque. Veo además correr dos niñas que se sostienen mutuamente, y tras ellas agarrado á sus taldas, á un chico de diez años envuelto en el chaquetón ya viejo de su padre. —¿Qué ha sucedido?—pregunto. —Que se ha ahogado un mujik. —¿Dónde? —En el estanque. —¿Qué mujik? ¿Uno de los nuestros? —No, uno que iba de paso. El cochero Ivan, arrojando sus grandes botas por la yerba segada, y el g ueso m y ordomo Yakov, resoplando

El cochero Ivan, arrojando sus grandes botas por la yerba segada, y el g ueso m y ordomo Yakov, resoplando

